CULTURAS
Página/12



LA HISTORIA GOLPEA A LA PUERTA

En un país que no siempre goza de buena memoria a veces sucede que se organicen homenajes a personajes ausentes y que, lejos de convertirse en campeonatos de lamentos o de academicismo, esos homenajes demuestren una vitalidad que se creía perdida en la sociedad. Así ocurrió con las Jornadas convocadas en torno a la figura del historiador José Luis Romero. Combinó perplejidades estudiantiles, cosechó críticas liberales, atrajo a intelectuales de prestigio internacional y, fundamentalmente, llenó de contenido los hasta ahora escasos espacios de discusión abiertos por la democracia. Las Jornadas dejaron por lo menos una conclusión: la historia está entre nosotros, aunque a veces parezca que no tiene quien la escriba.



PERFIL DE UN PAIS DISTINTO

Por José Aricó

Es posible que se haya debido a un inusitado interés por la historia medieval o por la planificación urbana, para poner dos ejemplos, la fidelidad con la que cientos de personas siguieron, hasta de pie o sentadas en el piso, las muchas veces abstrusas discusiones sobre problemas que no son los de la vida cotidiana? Me resisto a creerlo porque aún guardo el recuerdo de otros eventos comparables realizados en los últimos tiempos, y algunos sobre temas de acuciante actualidad, y que sin embargo no lograron concitar esa participación entusiasta, casi militante diría, que lograron las jornadas de homenaje a José Luis Romero. En mi opinión, la explicación habría que buscarla más por el lado de la figura del homenajeado que por el de los temas que allí se trataron. No digo que tales temas no interesen, y bien vale la pena reparar aunque sólo sea en las numerosas delegaciones de investigadores que trabajan en universidades de provincia para testificar hasta dónde se está creando en el país una nueva y difundida trama científica y cultural. Lo que trato de decir es que la repercusión alcanzada por el encuentro excede en mucho el interés más de corte académico por áreas del trabajo historiográfico muy específicas.

Como pocos en nuestro presente histórico, Romero reunió en su fuerte personalidad aptitudes que no suelen ir juntas. Historiador excepcional, capaz de medirse con las corrientes y las figuras más significativas de su época, su fe en el socialismo lo llevó a indagar en la "experiencia argentina" para encontrar en ella, contra viento y marea, la línea de coherencia que permitiera abrigar la esperanza en una democracia social avanzada, capaz de sacarnos del pantano y la decadencia. Es esa fe la que le permitió mantenerse al margen de las adhesiones acríticas y pseudohistóricas a esas dos tradiciones culturales del liberalismo conservador o de la democracia inorgánica que por muchos años dividieron, y acaso aún dividan, facciosamente a la conciencia nacional. En los difíciles años de un país signado por la inestabilidad política y el autoritarismo, buscó, de un modo que a la distancia aparece como ejemplar, aquellos elementos de la tradición nacional que permitieran estructurar esa "metodología de la convivencia, de la tolerancia y del diálogo" que signó los períodos más fértiles de la vida argentina y sin la cual resulta imposible imaginar la permanencia de la República. En un país crispado y faccioso, como le tocó vivir, dio un ejemplo cívico de responsabilidad intelectual y de integridad moral. Y esto lo convirtió en la personalidad tal vez más relevante de la izquierda intelectual argentina, una curiosa expresión práctica de ese nexo insoslayable entre historiografía y política que construyó en la teoría.

Estas son las razones que, en mi opinión, determinaron que unas jornadas que en otros momentos hubieran recorrido los tranquilos andariveles de un debate académico, despertaran hoy una respuesta tan fervorosa de un público que dio al encuentro el significado de un acto de reafirmación democrática. Y porque las jornadas adquirieron esta significación resultan explicables las protestas aisladas de algunas voces de la derecha que ocultaron su fastidio con pretextos fútiles. ¿Son esas mismas razones las que pueden explicarnos el silenciamiento de la prensa sobre lo que estaba sucediendo en el Centro Cultural del San Martín? Excepto las honrosas excepciones de *El Periodista* y hoy de **Página/12**, no hubo otro medio de prensa que se interesó en dar cuenta del desenvolvimiento de un evento que despertaba tanto interés en la gente. Podría pensarse que las preocupaciones por dar cuenta del estado de ánimo de una opinión pública erosionada por el desaliento imposibilitaron a esos finísimos registradores de los humores públicos que son, o pretenden ser, los periódicos reparar en algo a lo que no atribuyeron importancia. Pero si así fuera estaríamos en presencia de una prueba más de la cisura que hoy se advierte entre la vivacidad de una sociedad que busca restañar sus heridas recreando un terreno favorable a la más amplia circulación de las ideas, y la representación paródica que de ella ofrece un periodismo que no ha logrado todavía, en el supuesto de que lo esté buscando, ponerse a tono, con pleno sentido de la responsabilidad, con todo aquello que está cambiando en la Argentina del presente.

Releyendo viejos papeles descubro el excelente suplemento que *La Opinión Cultural* del 25 de febrero de 1979 dedicó a recordar a José Luis Romero a dos años de su muerte. En la atmósfera asfixiante de esa época asignada por la violencia y el genocidio, los redactores del suplemento se propusieron sin duda su oposición a un régimen que contradecía tan flagrantemente en los hechos todas las cosas por las que Romero batalló. Creyeron que con espíritu y astucia podían lograr algo contra un poder que —para utilizar las palabras con las que Adorno se refirió al nazismo— no consideraba el espíritu como una entidad que valiera por sí misma, sino apenas como un medio útil para sus fines y por eso a veces no tenía motivos para temer confrontarse con él. Esa voz solitaria acaso pudo existir porque no había en la sociedad posibilidad alguna que jornadas como las que acaban de realizarse tuvieran lugar. Diez años después las cosas han cambiado y no se necesitó de la prensa para que acudieran al llamado los que fueron convocados.

No creo equivocarme al pensar que es éste un hecho nuevo que merece ser reconocido. En la coyuntura abierta con la conquista del estado de derecho y la imposición de un régimen democrático, lo sembrado comienza a fructificar y un país distinto se perfila como probable. Que el cambio sea insoportablemente más lento del que muchos deseamos, no debe vedarnos la posibilidad de descubrirlo en las grandes y en las pequeñas cosas. En esos nuevos tiempos de la Argentina que cambia debemos inscribir el significado profundo de estas jornadas y debemos alegrarnos de que la gente lo haya advertido. No es pequeña cosa que sectores significativos de la intelectualidad y de las personas con sensibilidad democrática hayan dedicado una semana de trabajo en recordación de quien más bregó por apoyar la investigación en una decidida actitud cívica democrática y socialista y en una cultura histórica más sólida y moderna. Es decir, más preocupada con los problemas de nuestro tiempo, pero a la vez menos atada a justificaciones ideológicas.

ERUDITOS EN I

Por Adriana Karzsenbaum y Gabriel Pasquini

Nuevamente, un cadáver convocaba. Y era raro, porque en estos tiempos recién desajados del Terror un muerto más —aún ilustre— encuentra grandes obstáculos para conmover. ¿A quién se dirigía entonces el llamado? Historia de una universidad sin estudiantes y una derecha que ocupa espacios de izquierda, sombras que se recortan sobre un saber diseñado por expertos.

Poco importante, viejo gorila, y quién será éste, yo leí ¿qué?, algo de esto rumiaron los estudiantes universitarios que descubrieron los avisos. Y los de Historia se sintieron aludidos doblemente: primero, porque la carrera suspendió sus clases (ya cortadas de facto por el paro docente) para permitir que alumnos y profesores participaran del evento; y después porque para bien o para mal se habían tropezado con las obras que el homenajeado les legó (incluido Luis Alberto, su hijo, que dicta una materia en la facultad).

Sin embargo, pocos aceptaron el convite. Desde ya (apelando a un poco de la semiótica casera que circula en la Universidad), el cartel marcaba una primera división: no se difundía una información, sólo se recordaba una cita a quienes ya conocían los detalles. Pero aun entre éstos se abría una muralla que separaba a aquellos que imaginaban una elegía de los que anhelaban días de actualización disciplinaria. ¿Todos se equivocaban?

Decadencia y caída

En realidad, ni los que deseaban el homenaje ni los que sólo querían asistir a la lectura de los *papers* fueron multitud. Un cálculo aproximado indica que sólo un 20 por ciento de las 600 personas que concurrieron diariamente al Centro Cultural General San Martín era estudiantil. La gran mayoría estaba compuesta por otras capas del mundo académico: historiadores, economistas, profesores, auxiliares y jubilados.

¿Por qué un suceso académico de una magnitud no equiparable a cualquier otro
cónclave del estilo realizado en los últimc
años despertó tan escueto interés juvenil
UPAU fue la única agrupación universitari
que elevó su liberal voz para opinar sobre
asunto y fue en contra. Demasiado gast
—argumentaron los upaístas— cuando est
mos en medio del conflicto docente. Una d
recha que usa argumentos de izquierda, est
diantes que no se interesan por su objeto
estudio; la explicación de esta inquietante i
versión parece remitir, *una vez más*, a
"crisis de la Universidad".

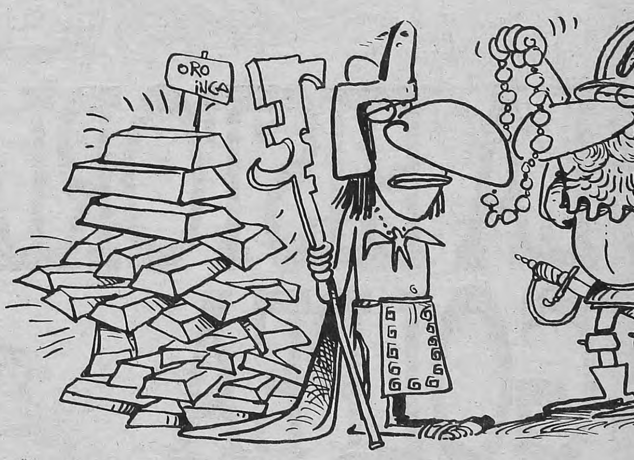
Sin duda, algo de esto hay, y los docent
vienen intentando en estos días echar l
sobre el tema, aun con fuerza dramática. F
ro el bajo nivel, la mínima infraestructu
los dislates presupuestarios (que llegan a lír
tes delictivos) y la mala organización no s
la clave de todo. Sí contribuyen a explic
parcialmente la creciente incapacidad de
estudiantes para enfrentarse con
bibliografía (una de las pocas preguntas
tudiantiles durante las jornadas versó sol
la actualidad de algunos textos) y ni hab
de la investigación histórica. Alumnos
carreras que decaen, mientras los recien
egresados del CBC, ansiosos de consu
nuevas experiencias, prefieren huir hacia
variantes *modernas*, como la todavía fres
vidriera de Comunicación Social.

El círculo áulico

Es en este contexto que la Universidad or
nizó estas jornadas de especialistas nacio
les y extranjeros. ¿Estimulante frente a
depresión? No da esa impresión. "Pare
biología", recordó atragantada una jov
estudiante de Historia que se había esforza
por entender una discusión entre panelist

Es que para acotar datos o morder la
gular del expositor sólo especialistas había
el "cipayo" que blandió como condena
historiador chileno Luis Vitale —escond
entre el público— contra su par John Lyn
sonó como un incomprensible eco de ot
tiempos. Acusaciones, lisonjas, interca
bios o polémicas, todo ocurrió dentro

MERCADO DE LA I



Si se pregunta en una editorial cualquiera la contestación sobre la venta de títulos relacionados a la Historia será: "Todo el mercado anda muy mal. Incluso para los kioscos". Cuando se trata de fascículos, "el mercado está prácticamente disuelto". El mismo comentario brotará en la boca de los libreros de la avenida Corrientes y de las editoriales pequeñas que aún se animan a lanzar títulos que se rela-
cionan desde muy diversas perspectivas
lo histórico.

Las tiradas promedio no pasan de 3
ejemplares, "aunque se utiliza mucho el
curso de las tiradas poco generosas para
cuperar costos y reeditar nuevamente".
riosamente, desde estas pequeñas editoria
(Punto Sur, Contrapunto, etc.) se destac
hecho de que muchas veces las obras ensa
ticas venden más que las de ficción, pes

PERFIL DE UN PAIS DISTINTO

Por José Aricó

Es posible que se haya debido a un inusitado interés por la historia medieval o por la planificación urbana, para poner dos ejemplos, la fidelidad con la que cientos de personas siguieron, hasta de pie o sentadas en el piso, las muchas veces abstrusas discusiones sobre problemas que no son los de la vida cotidiana? Me resisto a creerlo porque aún guardo el recuerdo de otros eventos comparables realizados en los últimos tiempos, y algunos sobre temas de acuciante actualidad, y que sin embargo no lograron concitar esa participación entusiasta, casi militante diría, que lograron las jornadas de homenaje a José Luis Romero. En mi opinión, la explicación habría que buscarla más por el lado de la figura del homenajeado que por el de los temas que allí se trataron. No digo que tales temas no interesen, y bien vale la pena reparar aunque sólo sea en las numerosas delegaciones de investigadores que trabajan en universidades de provincia para testificar hasta dónde se está creando en el país una nueva y difundida trama científica y cultural. Lo que trato de decir es que la repercusión alcanzada por el encuentro excede en mucho el interés más de corte académico por áreas del trabajo historiográfico muy específicas.

Como pocos en nuestro presente histórico, Romero reunió en su fuerte personalidad aptitudes que no suelen ir juntas. Historiador excepcional, capaz de medirse con las corrientes y las figuras más significativas de su época, su fe en el socialismo lo llevó a indagar en la "experiencia argentina" para encontrar en ella, contra viento y marea, la línea de coherencia que permitiera abrigar la esperanza en una democracia social avanzada, capaz de sacarnos del pantano y la decadencia. Es esa fe la que le permitió mantenerse al margen de las adhesiones acríticas y pseudohistóricas a esas dos tradiciones culturales del liberalismo conservador o de la democracia inorgánica que por muchos años dividieron, y acaso aún dividan, facciosamente a la conciencia nacional. En los difíciles años de un país signado por la inestabilidad política y el autoritarismo, buscó, de un modo que a la distancia aparece como ejemplar, aquellos elementos de la tradición nacional que permitieran estructurar esa "metodología de la convivencia, de la tolerancia y del diálogo" que signó los períodos más fértiles de la vida argentina y sin la cual resulta imposible imaginar la permanencia de la República. En un país crispado y faccioso, como le tocó vivir, dio un ejemplo cívico de responsabilidad intelectual y de integridad moral. Y esto lo convirtió en la personalidad tal vez más relevante de la izquierda intelectual argentina, una curiosa expresión práctica de ese nexo insoslayable entre historiografía y política que construyó en la teoría.

Estas son las razones que, en mi opinión, determinaron que unas jornadas que en otros momentos hubieran recorrido los tranquilos andariveles de un debate académico, despertaran hoy una respuesta tan fervorosa de un público que dio al encuentro el significado de un acto de reafirmación democrática. Y porque las jornadas adquirieron esta significación resultan explicables las protestas aisladas de algunas voces de la derecha que ocultaron su fastidio con pretextos fútiles. ¿Son esas mismas razones las que pueden explicarnos el silenciamiento de la prensa sobre lo que estaba sucediendo en el Centro Cultural del San Martín? Excepto las honrosas excepciones de *El Periodista* y hoy de **Página/12**, no hubo otro medio de prensa que se interesó en dar cuenta del desenvolvimiento de un evento que despertaba tanto interés en la gente. Podría pensarse que las preocupaciones por dar cuenta del estado de ánimo de una opinión pública erosionada por el desaliento imposibilitaron a esos finísimos registradores de los humores públicos que son, o pretenden ser, los periódicos reparar en algo a lo que no atribuyeron importancia. Pero si así fuera estaríamos en presencia de una prueba más de la cisura que hoy se advierte entre la vivacidad de una sociedad que busca restañar sus heridas recreando un terreno favorable a la más amplia circulación de las ideas, y la representación paródica que de ella ofrece un periodismo que no ha logrado todavía, en el supuesto de que lo esté buscando, ponerse a tono, con pleno sentido de la responsabilidad, con todo aquello que está cambiando en la Argentina del presente.

Releyendo viejos papeles descubro el excelente suplemento que *La Opinión Cultural* del 25 de febrero de 1979 dedicó a recordar a José Luis Romero a dos años de su muerte. En la atmósfera asfixiante de esa época asignada por la violencia y el genocidio, los redactores del suplemento se propusieron sin duda su oposición a un régimen que contradecía tan flagrantemente en los hechos todas las cosas por las que Romero batalló. Creyeron que con espíritu y astucia podían lograr algo contra un poder que —para utilizar las palabras con las que Adorno se refirió al nazismo— no consideraba el espíritu como una entidad que valiera por sí misma, sino apenas como un medio útil para sus fines y por eso a veces no tenía motivos para temer confrontarse con él. Esa voz solitaria acaso pudo existir porque no había en la sociedad posibilidad alguna que jornadas como las que acaban de realizarse tuvieran lugar. Diez años después las cosas han cambiado y no se necesitó de la prensa para que acudieran al llamado los que fueron convocados.

No creo equivocarme al pensar que es éste un hecho nuevo que merece ser reconocido. En la coyuntura abierta con la conquista del estado de derecho y la imposición de un régimen democrático, lo sembrado comienza a fructificar y un país distinto se perfila como probable. Que el cambio sea insoportablemente más lento del que muchos deseamos, no debe vedarnos la posibilidad de descubrirlo en las grandes y en las pequeñas cosas. En esos nuevos tiempos de la Argentina que cambia debemos inscribir el significado profundo de estas jornadas y debemos alegrarnos de que la gente lo haya advertido. No es pequeña cosa que sectores significativos de la intelectualidad y de las personas con sensibilidad democrática hayan dedicado una semana de trabajo en recordación de quien más bregó por apoyar la investigación en una decidida actitud cívica democrática y socialista y en una cultura histórica más sólida y moderna. Es decir, más preocupada con los problemas de nuestro tiempo, pero a la vez menos atada a justificaciones ideológicas.

ERUDITOS EN LA VIDRIERA

Por Adriana Karzsenbaum y Gabriel Pasquini

Nuevamente, un cadáver convocaba. Y era raro, porque en estos tiempos recién desajados del Terror un muerto más —aún ilustre— encuentra grandes obstáculos para conmover. ¿A quién se dirigía entonces el llamado? Historia de una universidad sin estudiantes y una derecha que ocupa espacios de izquierda, sombras que se recortan sobre un saber diseñado por expertos.

Poco importante, viejo gorila, y quién será éste, yo leí ¿qué?, algo de esto rumiaron los estudiantes universitarios que descubrieron los avisos. Y los de Historia se sintieron aludidos doblemente: primero, porque la carrera suspendió sus clases (ya cortadas de facto por el paro docente) para permitir que alumnos y profesores participaran del evento; y después porque para bien o para mal se habían tropezado con las obras que el homenajeado les legó (incluido Luis Alberto, su hijo, que dicta una materia en la facultad).

Sin embargo, pocos aceptaron el convite. Desde ya (apelando a un poco de la semiótica casera que circula en la Universidad), el cartel marcaba una primera división: no se difundía una información, sólo se recordaba una cita a quienes ya conocían los detalles. Pero aun entre éstos se abría una muralla que separaba a aquellos que imaginaban una elegía de los que anhelaban días de actualización disciplinaria. ¿Todos se equivocaban?

Decadencia y caída

En realidad, ni los que deseaban el homenaje ni los que sólo querían asistir a la lectura de los *papers* fueron multitud. Un cálculo aproximado indica que sólo un 20 por ciento de las 600 personas que concurrieron diariamente al Centro Cultural General San Martín era estudiantil. La gran mayoría estaba compuesta por otras capas del mundo académico: historiadores, economistas, profesores, auxiliares y jubilados.

¿Por qué un suceso académico de una magnitud no equiparable a cualquier otro cónclave del estilo realizado en los últimos años despertó tan escueto interés juvenil? UPAU fue la única agrupación universitaria que elevó su liberal voz para opinar sobre el asunto y fue en contra. Demasiado gasto —argumentaron los upaístas— cuando estamos en medio del conflicto docente. Una derecha que usa argumentos de izquierda, estudiantes que no se interesan por su objeto de estudio; la explicación de esta inquietante inversión parece remitir, *una vez más*, a la "crisis de la Universidad".

Sin duda, algo de esto hay, y los docentes vienen intentando en estos días echar luz sobre el tema, aun con fuerza dramática. Pero el bajo nivel, la mínima infraestructura, los dislates presupuestarios (que llegan a límites delictivos) y la mala organización no son la clave de todo. Sí contribuyen a explicar parcialmente la creciente incapacidad de los estudiantes para enfrentarse con la bibliografía (una de las pocas preguntas estudiantiles durante las jornadas versó sobre la actualidad de algunos textos) y ni hablar de la investigación histórica. Alumnos y carreras que decaen, mientras los recientes egresados del CBC, ansiosos de consumir nuevas experiencias, prefieren huir hacia las variantes *modernas*, como la todavía fresca vidriera de Comunicación Social.

El círculo áulico

Es en este contexto que la Universidad organizó estas jornadas de especialistas nacionales y extranjeros. ¿Estimulante frente a la depresión? No da esa impresión. "Parecía biología", recordó atragantada una joven estudiante de Historia que se había esforzado por entender una discusión entre panelistas.

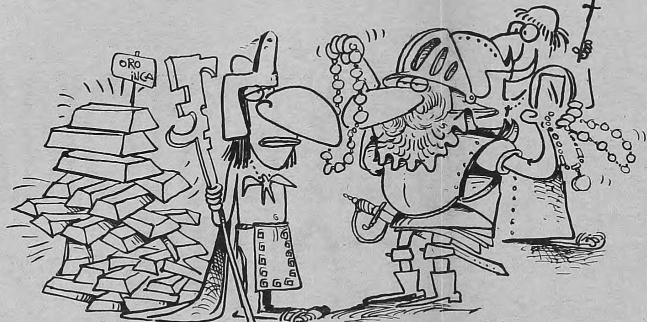
Es que para acotar datos o morder la yugular del expositor sólo especialistas había; y el "cipayo" que blandió como condena el historiador chileno Luis Vitale —escondido entre el público— contra su par John Lynch sonó como un incomprensible eco de otros tiempos. Acusaciones, lisonjas, intercambios o polémicas, todo ocurrió dentro del círculo áulico de la Academia y los caballeros de las mesas redondas se permitieron incluso actuar de espectadores y responder airados a sus colegas.

En tanto, los *otros* miraban. Un estudiante del Comahue (mucha gente del interior se organizó para venir, lo que debe atribuirse a que la información sobre las jornadas corrió por carriles privados) explicó: "Es como oír bibliografía parlante".

¿Cholulismo? Quizás. "Una vez que te traen las figuritas tenés que verlas, es la única oportunidad", afirmó una entendida. No habrá seminarios ni discusiones posteriores, las jornadas murieron y volverán recién con el Fénix de la publicación de los *papers* en setiembre de este año. Mientras, los anfitriones de hoy serán invitados a las universidades francesas o norteamericanas que nos concedieron sus profesores. No hay círculo que no sea vicioso.

Ponencias sobre temas ultraespecíficos (la fragmentación del saber de los 80, dirán los reflexólogos), discusiones sobre conceptos teóricos básicos (mercado, Estado nacional, caudillos, etc.), no incitaron a la más mínima participación. Aunque tal vez no todos piensen lo mismo. En un panel de Historia Medieval —tema pacífico, uno se imagina— una militante de derecha de los graduados de Filosofía y Letras consideró que se había llegado demasiado lejos. Avanzó hacia la mesa, se apoderó del micrófono y, mirando fijamente a Alain Guerreau, que intentaba hablar sobre la Iglesia, sentenció: "En la misa, el Señor y el siervo estaban hermanados". Pero el francés se negó a contestar.

MERCADO DE LA HISTORIA



Si se pregunta en una editorial cualquiera la contestación sobre la venta de títulos relacionados a la Historia será: "Todo el mercado anda muy mal. Incluso para los kioscos". Cuando se trata de fascículos, "el mercado está prácticamente disuelto". El mismo comentario brotará en la boca de los libreros de la avenida Corrientes y de las editoriales pequeñas que aún se animan a lanzar títulos que se relacionan desde muy diversas perspectivas con lo histórico.

Las tiradas promedio no pasan de 3000 ejemplares, "aunque se utiliza mucho el recurso de las tiradas poco generosas para recuperar costos y reeditar nuevamente". Curiosamente, desde estas pequeñas editoriales (Punto Sur, Contrapunto, etc.) se destaca el hecho de que muchas veces las obras ensayísticas venden más que las de ficción, pese a que las críticas de la prensa no acusen el fenómeno.

En ese mercado achatado, lo que se publica de nuevo pocas veces es puramente histórico. Como ejemplo, Punto Sur lanzó o está a punto de lanzar colecciones de política sindical que, como en el caso de *El movimiento sindical argentino* (de Julio Godio, Héctor Palomino y Achim Wachendorfer) cubre la etapa 1880-1987. O bien *Alberdi póstumo*, de Oscar Terán, incluido en la colección "La ideología argentina". La Historia "vende" muchas veces —dentro de lo poco— en función de mercados tan restringidos como el universitario, prácticamente por la obligación de las bibliografías elaboradas en los programas de estudio. Y existe también la trama más sutil del interés siempre permanente (especialmente después de 1983 y por parte de sectores juveniles) de recuperar libros que hicieron a corrientes de pensamiento, como la encarnada en lo que publican Peña Lillo y Plus Ultra (simbolizada en Arturo Jauretche).

Queda también la Historia divulgada vía fascículos, a veces temible enemiga de las editoriales antes citadas. Colecciones como las de Hyspamérica (Biblioteca Popular de Historia o Nuestro Siglo, dirigida por Félix Luna) ya no se lanzan al mercado con el esfuerzo y la repercusión de pocos años atrás. En el mejor de los casos, tiradas iniciales de 50.000 ejemplares se estabilizan a los diez números, comienzan a perder 50 a 100 ejemplares semanales y llegan con 5000 a apenas 2500 cuando la colección se acaba. Esto, vale destacarlo, en el mejor de los casos.

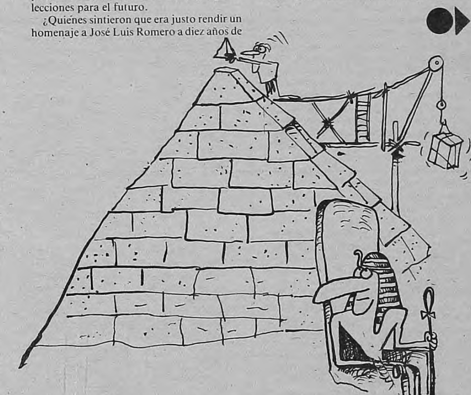
Quedan lujos intelectuales para pequeñas minorías, como la colección de Historia de Gedisa, relacionada a la francesa corriente de la historia de las mentalidades, o esfuerzos como los del CONICET, que a falta de mayores estadísticas, destina un 25 a 30 por ciento de becas a los estudios históricos. Y quedan también los estudiantes universitarios, que según alguna frase deslizada con malicia, "si les preguntás quién es José Luis Romero, te dicen que el padre de un profesor de la facultad". Aunque luego, esas mismas voces digan que no, que desde 1983 la carrera está mejorando lo suficiente como para comparar este cambio con el impulsado en los años '50 por el eminente autor de *Historia de las ideas políticas argentinas*.

A VECES LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Por Enrique Tandeter

Los medios periodísticos se ocuparon muy poco de las Jornadas de Homenaje a José Luis Romero antes de su inicio, y aun durante la semana de su realización, lo que, por supuesto, fue motivo de inquietud entre los organizadores, temerosos de que la falta de promoción se tradujera en escasez de asistentes. Sin embargo, las instalaciones del Centro Cultural General San Martín se vieron colmadas en su capacidad durante las sesenta y una horas de debate historiográfico escalonadas entre el lunes 4 y el viernes 8 de abril. Ese éxito de público, inusual en Buenos Aires para una convocatoria de tema académico, atrae ahora el interés periodístico y se convierte tardíamente en noticia. *Clarín* se ocupa del tema en su edición del miércoles 13 de abril señalando que las Jornadas se desarrollaron "con una concurrencia que no bajó de un promedio de 600 personas en cada sala". Sin duda, la explicación de ese éxito numérico es compleja y será motivo de debates que recién comienzan. Sin embargo, me gustaría sugerir en esta nota que buena parte de la explicación radica en la *justicia* del homenaje y en la *forma* que revistió. Porque sintieron que el homenaje era justo, gran número de personas se acercaron al Centro Cultural General San Martín, y porque encontraron que la forma se adecuaba al fondo, la mayoría volvió una y otra vez a sus reuniones y convocó a otros. Me parece también que en todo esto hay algunas lecciones para el futuro.

¿Quiénes sintieron que era justo rendir un homenaje a José Luis Romero a diez años de su muerte? En primer lugar, los que lo conocieron. Entre ellos, sus amigos y colaboradores cercanos. También los hombres políticos que supieron del caso no frecuente de un intelectual cuyo apasionado interés por la realidad argentina se expresó a la vez en su obra de historiador y en una activa y prolongada militancia en las filas del socialismo. Pero, sobre todo, las muchas generaciones de universitarios para quienes fue maestro singular. Romero fue rector de la Universidad de Buenos Aires en 1955-56 y decano de su Facultad de Filosofía y Letras en 1962-65, en uno de los períodos más brillantes de la vida académica nacional. Pero su magisterio se expresó fundamentalmente desde la cátedra, esa cátedra de Historia Social General que él creó a su medida y donde realizaba la rara proeza de exponer en un solo curso las grandes líneas de la evolución del mundo occidental desde fines del Imperio Romano hasta la Segunda Guerra Mundial. La Facultad de Filosofía y Letras de entonces reunía aún al heterogéneo elenco de las Ciencias Sociales, de modo que el magnetismo de la personalidad de Romero fue experimentado no sólo por estudiantes de Historia sino también por los que aspiraban a devenir filósofos, antropólogos, especialistas en letras clásicas y modernas, sociólogos, y, lo que hoy resulta menos verosímil, psicólogos. Mientras Romero encarnaba para los estudiantes de Historia la factibilidad de hacer en la Argentina



A VIDRIERA



círculo áulico de la Academia y los caballeros de las mesas redondas se permitieron incluso actuar de espectadores y responder airados a sus colegas.

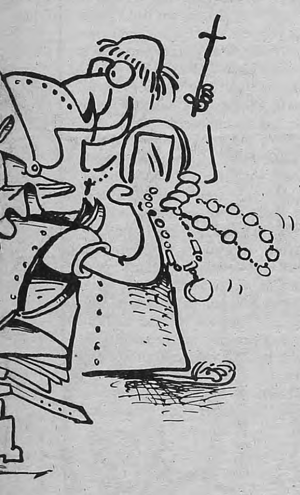
En tanto, los *otros* miraban. Un estudiante del Comahue (mucha gente del interior se organizó para venir, lo que debe atribuirse a que la información sobre las jornadas corrió por carriles privados) explicó: "Es como oír bibliografía parlante".

¿Cholulismo? Quizás. "Una vez que te traen las figuritas tenés que verlas, es la única oportunidad", afirmó una entendida. No habrá seminarios ni discusiones posteriores, las jornadas murieron y volverán recién con el Fénix de la publicación de los *papers* en setiembre de este año. Mientras, los anfitriones de hoy serán invitados a las universidades francesas o norteamericanas que nos concedieron sus profesores. No hay círculo que no sea vicioso.

Ponencias sobre temas ultraespecíficos (la fragmentación del saber de los 80, dirán los reflexólogos), discusiones sobre conceptos teóricos básicos (mercado, Estado nacional, caudillos, etc.), no incitaron a la más mínima participación. Aunque tal vez no todos piensen lo mismo. En un panel de Historia Medieval —tema pacífico, uno se imagina— una militante de derecha de los graduados de Filosofía y Letras consideró que se había llegado demasiado lejos. Avanzó hacia la mesa, se apoderó del micrófono y, mirando fijamente a Alain Guerreau, que intentaba hablar sobre la Iglesia, sentenció: "En la misa, el Señor y el siervo estaban hermanados". Pero el francés se negó a contestar.



ISTORIA



que las críticas de la prensa no acusen el fenómeno.

En ese mercado achatado, lo que se publica de nuevo pocas veces es puramente histórico. Como ejemplo, Punto Sur lanzó o está a punto de lanzar colecciones de política sindical que, como en el caso de *El movimiento sindical argentino* (de Julio Godio, Héctor Palomino y Achim Wachendorfer) cubre la etapa 1880-1987. O bien *Alberdi póstumo*, de Oscar Terán, incluido en la colección "La ideología argentina". La Historia "vende" muchas veces —dentro de lo poco— en función de mercados tan restringidos como el universitario, prácticamente por la obligación de las bibliografías elaboradas en los programas de estudio. Y existe también la trama más sutil del interés siempre permanente (especialmente después de 1983 y por parte de sectores juveniles) de recuperar libros que hicieron a corrientes de pensamiento, como la encarnada en lo que publican Peña Lillo y Plus Ultra (simbolizada en Arturo Jauretche).

Queda también la Historia divulgada vía fascículos, a veces temible enemiga de las editoriales antes citadas. Colecciones como las de Hyspamérica (Biblioteca Popular de Historia o Nuestro Siglo, dirigida por Félix Luna) ya no se lanzan al mercado con el esfuerzo y la repercusión de pocos años atrás. En el mejor de los casos, tiradas iniciales de 50.000 ejemplares se estabilizan a los diez números, comienzan a perder 50 a 100 ejemplares semanales y llegan con 5000 a apenas 2500 cuando la colección se acaba. Esto, vale destacarlo, en el mejor de los casos.

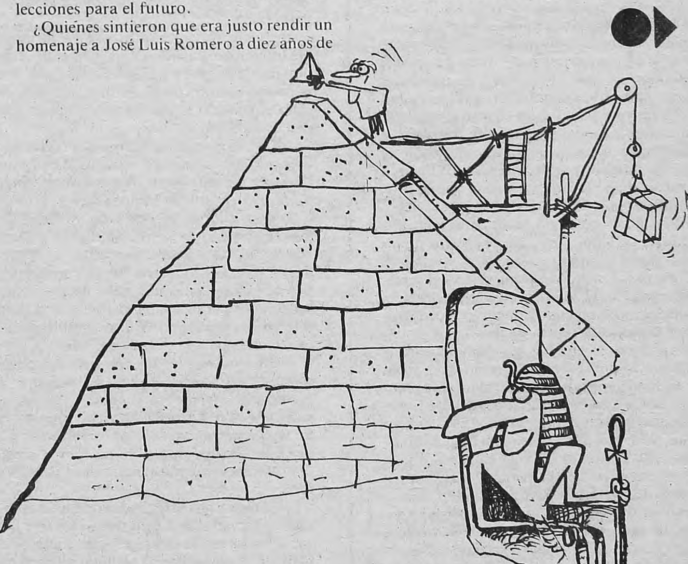
Quedan lujos intelectuales para pequeñas minorías, como la colección de Historia de Gedisa, relacionada a la francesa corriente de la historia de las mentalidades, o esfuerzos como los del CONICET, que a falta de mayores estadísticas, destina un 25 a 30 por ciento de becas a los estudios históricos. Y quedan también los estudiantes universitarios, que según alguna frase deslizada con malicia, "si les preguntás quién es José Luis Romero, te dicen que el padre de un profesor de la facultad". Aunque luego, esas mismas voces digan que no, que desde 1983 la carrera está mejorando lo suficiente como para comparar este cambio con el impulsado en los años '50 por el eminente autor de *Historia de las ideas políticas argentinas*.

A VECES LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Por Enrique Tandeter

Los medios periodísticos se ocuparon muy poco de las Jornadas de Homenaje a José Luis Romero antes de su inicio, y aun durante la semana de su realización, lo que, por supuesto, fue motivo de inquietud entre los organizadores, temerosos de que la falta de promoción se tradujera en escasez de asistentes. Sin embargo, las instalaciones del Centro Cultural General San Martín se vieron colmadas en su capacidad durante las sesenta y una horas de debate historiográfico escalonadas entre el lunes 4 y el viernes 8 de abril. Ese éxito de público, inusual en Buenos Aires para una convocatoria de tema académico, atrae ahora el interés periodístico y se convierte tardíamente en noticia. *Clarín* se ocupa del tema en su edición del miércoles 13 de abril señalando que las Jornadas se desarrollaron "con una concurrencia que no bajó de un promedio de 600 personas en cada sala". Sin duda, la explicación de ese éxito numérico es compleja y será motivo de debates que recién comienzan. Sin embargo, me gustaría sugerir en esta nota que buena parte de la explicación radica en la *justicia* del homenaje y en la *forma* que revistió. Porque sintieron que el homenaje era justo, gran número de personas se acercaron al Centro Cultural General San Martín, y porque encontraron que la forma se adecuaba al fondo, la mayoría volvió una y otra vez a sus reuniones y convocó a otros. Me parece también que en todo esto hay algunas lecciones para el futuro.

¿Quiénes sintieron que era justo rendir un homenaje a José Luis Romero a diez años de su muerte? En primer lugar, los que lo conocieron. Entre ellos, sus amigos y colaboradores cercanos. También los hombres políticos que supieron del caso no frecuente de un intelectual cuyo apasionado interés por la realidad argentina se expresó a la vez en su obra de historiador y en una activa y prolongada militancia en las filas del socialismo. Pero, sobre todo, las muchas generaciones de universitarios para quienes fue maestro singular. Romero fue rector de la Universidad de Buenos Aires en 1955-56 y decano de su Facultad de Filosofía y Letras en 1962-65, en uno de los períodos más brillantes de la vida académica nacional. Pero su magisterio se expresó fundamentalmente desde la cátedra, esa cátedra de Historia Social General que él creó a su medida y donde realizaba la rara proeza de exponer en un solo curso las grandes líneas de la evolución del mundo occidental desde fines del Imperio Romano hasta la Segunda Guerra Mundial. La Facultad de Filosofía y Letras de entonces reunía aún al heterogéneo elenco de las Ciencias Sociales, de modo que el magnetismo de la personalidad de Romero fue experimentado no sólo por estudiantes de Historia sino también por los que aspiraban a devenir filósofos, antropólogos, especialistas en letras clásicas y modernas, sociólogos, y, lo que hoy resulta menos verosímil, psicólogos. Mientras Romero encarnaba para los estudiantes de Historia la factibilidad de hacer en la Argentina





una historia a la vez apasionada y rigurosa, ante los miembros de los otros departamentos reivindicó brillantemente el lugar de la Historia entre las ciencias del hombre y de la sociedad. La justicia del homenaje también es sentida por muchos que no conocieron personalmente a Romero. Sus lectores, en general, y aquellos para quienes su nombre se ha cargado de significados actuales, programáticos. Así, Romero simboliza una edad de oro universitaria postulada hoy como fuente de inspiración para un nuevo proyecto académico. Más específicamente, en los años recientes, todo lo que de renovador se ha intentado en la enseñanza e investigación de la Historia en nuestro país tiene como punto de referencia ineludible la obra y la actuación de Romero, coincidiendo con el diagnóstico de las autoridades universitarias de los sucesivos períodos de gobierno militar que por lo menos dos veces eliminaron a la cátedra de Historia Social General de los planes de estudio.

Romero murió en 1977 alejado de la Universidad y de todo ámbito oficial, y, en consecuencia, los únicos homenajes a su memoria le fueron rendidos por amigos y colaboradores muy cercanos. La comisión de difusión de sus ideas convocó en 1980 a un concurso para adjudicar un "Premio Internacional de Historia José Luis Romero", y en 1982 la editorial Siglo XXI publicó en México *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*, un volumen que reúne colaboraciones de historiadores europeos, latinoamericanos y norteamericanos. El homenaje, entonces, no sólo era sentido como justo, sino también como una deuda muy atrasada de parte de las instituciones oficiales argentinas.

¿Qué forma debía tomar ese homenaje? No podía ser la mera celebración retrospectiva de su actuación y su obra. A la vez, su personalidad desborda los límites de un eventual congreso de historia que puesto bajo su advocación hubiera servido para que nos contáramos entre colegas los resultados más recientes de nuestras investigaciones. Se impuso así la idea de producir, a partir de una pluralidad de debates historiográficos, un hecho cultural de amplia participación. Ese hecho cultural debía ser internacional por dos razones. Por una parte, Romero había dedicado sus obras mayores a la historia de la Edad Media europea y muchos de sus ensayos tuvieron por tema la evolución histórica de América latina en su conjunto. Reabrir el debate sobre los ejes de la obra de Romero en nuestro medio, entonces, requería la presencia de intelectuales de otros países del continente y de Europa. Por otra parte, uno de los rasgos más perdurables de la actividad del Centro de Estudios de Historia Social fue su múltiple vinculación con la comunidad académica internacional. En particular el centro dirigido por Romero supo atraer a historiadores latinoamericanos y europeos para que vinieran a Buenos Aires a enseñar y a debatir con colegas y estudiantes tanto sus propios trabajos como los proyectos de investigación en curso en el centro. Se generó de ese modo en la Argentina una escuela historiográfica que logró un nivel de excelencia internacional aplicado a un programa de trabajo establecido según intereses y prioridades propias, el que fue interrumpido por el golpe y la intervención universitaria de 1966.

El homenaje a Romero se planteó, entonces, como la recuperación del debate historiográfico de nivel internacional en la Argentina, mediante la participación de grandes figuras de la vida intelectual europea, norteamericana, latinoamericana y nacional, a través de un conjunto articulado de paneles y seminarios dedicados unos al análisis de aspectos de la obra y de la actuación de José Luis Romero y otros al de las tendencias actuales de la investigación historiográfica en distintos campos. El público confirmó con su presencia masiva y continuada su voluntad, a la vez, de honrar a Romero y la vigencia de su manera de hacer Historia.

Para los historiadores argentinos se desprende la lección del impacto cultural que puede tener una Historia que, fiel a la escuela que inauguró Romero, no se encierre en la erudición. Para los organizadores de la cultura, en especial para los que controlan los medios masivos de comunicación, el éxito de las jornadas debiera hacer pensar que una Historia reflexiva tiene un rating mayor del que habitualmente se le atribuye.

JOHN LYNCH

LA MIRADA DE UN INGLES

Por Susana Rotker

John Lynch es el último ejemplar de una especie en extinción. Pese a las seculares relaciones de la Argentina con Inglaterra, con sus avatares de invasiones y declaraciones de dependencia, se mantiene como el único historiador —aun después de la guerra de las Malvinas—, que vive en Londres dedicado activamente al pasado argentino. Director del Instituto de Estudios Latinoamericanos y profesor de la Universidad de Londres, es autor de un libro sobre las intendencias en el Río de la Plata 1776-1810 (Eudeba, 1963) y sobre *Las revoluciones hispanoamericanas 1818-1830* (Ariel, 1973). Es muy conocido en el país por su biografía de *Juan Manuel de Rosas* (Emecé, 1984), sin duda la más desapasionada y completa aparecida hasta el momento. Como lo anunció durante el Simposio en homenaje a José Luis Romero, su próximo libro relacionará a Rosas con Páez (Venezuela) y Santana (México), profundizando sus aportes a la compresión del caudillismo hispanoamericano.

—En todo texto histórico se filtra el presente desde el cual el autor escribe. Usted trabajó sobre Rosas justamente en los años del llamado Proceso. La historia tradicional adjudica a Rosas un gobierno de terror. ¿No influían sobre su investigación del pasado las experiencias de la dictadura presente?

—El terrorismo de Rosas respondía a dos peligros desde su punto de vista: una coyuntura de ataque desde el exterior y la disidencia interna. Pero su uso del terror no era masivo, sino contra personas muy elegidas. Yo estudiaba todo esto cuando aquí había otros ejemplos de terror estatal, lo que me producía una gran conciencia acerca del tema.

—Usted describe el terror rosista como una presión focalizada sobre unos pocos. Pero hay textos de la época, como el famoso cuento El matadero, *de Esteban Echeverría, que dan la idea de algo mucho más generalizado.*

—Es muy difícil cuantificar el terrorismo. He tomado en cuenta textos literarios, testimonios de la época y cifras dadas tanto por la prensa rosista como por sus enemigos; en todo el período el número de víctimas más real es de 2000.

—Lo que no se puede comparar con lo que vino después, sin que eso mitigue lo anterior. Pero, de acuerdo a eso, ¿quiere decir que es dudosa la versión de El matadero*?*

—Sí, es dudosa. No hubo terror todos los días en tiempos de Rosas. Sólo en dos o tres oportunidades necesitó aterrorizar a sus enemigos. Si debo comparar los dos momentos de terrorismo de Estado, debo decir que hubo algunos paralelismos, pero hay una gran diferencia con respecto a la magnitud que alcanzó en la pasada década del '70.

—Sin embargo, la imagen más difundida sobre el rosismo suele ver bastante siniestra. Y basta para reforzar esa imagen con ir de visita al Museo Histórico, para ver que hasta las vajillas llevaban el rostro del dictador. La película Camila, *sobre el caso de Camila O'Gorman, tampoco ayuda a modificar esta idea.*

—Es cierto que el régimen rosista no apartaba lo privado de lo político; había que llevar el uniforme, la escarapela, los colores del régimen. Era un sistema totalitario, pero no como en el cuento de Echeverría. En cambio la película no es cuento: es un caso bien cierto. Pero lo que quiero decir es que la historia terrible de Camila fue un episodio tan excepcional que incluso los diplomáticos enviaron alarmados informes a sus gobiernos y hasta hubo poetas ingleses que escribieron sobre el caso.

El populismo de ayer y de hoy

—En su biografía de Rosas, afirma que "comprender a Rosas es estudiar las bases del poder político en la Argentina", Y más adelante asegura que "aunque estaba lejos de ser demócrata (...) se colocó a la cabeza del peligroso sector popular a fin de poder controlarlo y usarlo". ¿Cómo proyecta esto a las estructura de poder en el siglo XX?

—Durante la guerra independentista hubo un cierto movimiento popular, sea por el reclutamiento masivo o por la atracción hacia los caudillos. Este movimiento popular causó inquietudes entre las clases dirigentes: así, surgió Rosas —representante de los terratenientes, comerciantes y burócratas—. El supo usar las fuerzas populares sin darles representación real. Igual que en el siglo XX, sobre todo en la Europa de la década del '30, cuando los dictadores fascistas y nazis dieron a las masas una ilusión de participación. En la Argentina hubo una demora de una década en la respuesta popular; los gobiernos restablecieron el orden conservador, la política tradicional de comercio con Gran Bretaña y todo eso. Perón apareció en los años 40.

—¿Cómo explica esa demora?

—Podría llamarla una defensa del sistema tradicional —la última—, por parte de los estancieros e intereses económicos dominantes, que se puede ver en el Tratado Roca-Runciman y en la defensa de la economía tradicional de exportaciones, basada en los productos del campo. Pero ya en los 30 comenzaron a surgir movimientos nacionalistas de izquierda y de derecha: Perón supo usar esos nacionalismos para llegar al poder y desde allí dar a las masas una ilusión de participación, pero sin darle nunca realmente el poder político. Claro que hay grandes diferencias entre Perón y Rosas, comenzando por el hecho de que el peronismo ha sabido ganar votos populares. Pero sí hay semejanzas entre el populismo moderno con la política de Rosas: un líder carismático que viene de fuera del medio que dice representar y al que nunca le dará de veras el poder. Este líder forma en el siglo XX una alianza multiclasista; en el caso de Rosas, la alianza era entre las clases dirigentes, unida a una política de proteccionismo para la producción artesanal y agraria. Pero debo decir que si bien los historiadores extranjeros han tenido más interés en Perón, mucho del populismo argentino del siglo XX hay que explicárselo en términos del desarrollo industrial y rural previo a Perón. Es decir que sería muy interesante estudiar a Yrigoyen; resulta muy iluminador el libro del historiador británico David Rock sobre el tema.

La Historia como método

—Hay grandes diferencias actualmente en los modos de encarar la historiografía. ¿Cuál es su método como biógrafo?

—Mi tendencia es a tomar la biografía pública de un personaje, no me interesa la descripción personal. Además me inscribo en la tendencia británica del empirismo historiográfico: para mí los acontecimientos cuentan. La escuela francesa, con Ferdinand Braudel, ha criticado esto que llaman *L'histoire événenciel*, pero no veo conflictos entre el estudio que yo hago con los hechos y el que ellos hacen con el análisis de las estructuras. Cuando usted lee los periódicos cada mañana, lo que busca son los acontecimientos y tal vez adentro, si tiene tiempo, buscará el artículo de fondo sobre la coyuntura. Pienso que los hechos sin interpretación no significan nada, por lo que trato de combinar ambos métodos.

—La literatura latinoamericana recurre cada vez más a la historia. ¿Como historiador ha podido enriquecerse a su vez de las novelas sobre dictadores?

—No. He leído a Vargas Llosa, Carpentier, Roa Bastos, García Márquez, Fuentes, con gran placer pero sin ningún provecho histórico. Me ha dado mucha más información el libro de Angel Rama sobre las novelas de dictadores que las novelas mismas.

—Todo investigador tiene ideas a priori, que influyen bastante en los materiales que se eligen y los que se dejan fuera. Para aumentar las dificultades, ese material con que trabaja también es relativo, puesto que todo documento muestra sólo una parte de la realidad. ¿Cómo enfrenta estos problemas?

—No soy un historiador marxista ni liberal, no manejo marcos teóricos generales para toda la historia. Trato de hacer un marco propio de interpretación para cada estudio. Por ejemplo, en el caso de Rosas, me basé mucho sobre la teoría de Hobbes en relación al surgimiento del hombre fuerte como solución frente a la anarquía social, que él aplicaba a sociedades primitivas. En cuanto a los prejuicios del historiador, mi método es el siguiente: someto cuanto escribo a mis alumnos y a las críticas y opiniones de mis colegas en los congresos. Así evito el peligro de hacer una historia totalmente aislado. En cuanto al método: tengo un día a la semana para investigar, de 9.30 a 18.30, es un horario de oficina; allí reviso documentos, memorias, periódicos; mi trabajo es el resultado de la docencia. Para mi libro de Rosas usé mucho material que se encuentra en los archivos argentinos, pero la balanza se inclina hacia los materiales que hay en Inglaterra: eso es interesante para los argentinos, porque aporta un punto de vista desde afuera de su propia historia. Es todo. En cuanto a la parcialidad, es un hecho de la vida y el historiador debe reconocer sus prejuicios. Lord Acton decía que un historiador tiene que ser imparcial, pero no neutral. Imparcial porque debe aceptar la evidencia de cualquier lado, pero no neutral porque necesita interpretar y hacer un juicio. Es como ser un juez ante una audiencia: hay que oirlos a todos y al final del día tomar una decisión sobre el caso. El historiador recurre a sus valores morales y su historia suele ser una división entre los buenos y los malos. Pero no veo peligro en eso: la historia admite la fragilidad humana.

